

CONSEJO PRESBITERAL

Acta

ASAMBLEA PLENARIA 1/2007

Iniciación cristiana: Catecumenado bautismal y Confirmación de adultos

11 de junio de 2007

El pasado día 11-6-2007, a las 10:30 h., se reunió la Asamblea Plenaria del Consejo Presbiteral, presidida por D. Braulio Rodríguez Plaza, arzobispo de Valladolid, asistiendo 36 de los 40 miembros que lo componen.

El encuentro se inicia con una **oración**, en la que, como eco de la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, se profundiza en la contemplación del misterio eucarístico: *«Cada vez que coméis de este pan y bebéis de esta copa, proclamáis la muerte del Señor»* (1Co 11,23-26).

Acto seguido, el **Sr. Arzobispo** saluda a los presentes, informando sobre la situación actual de algunos sacerdotes enfermos y mayores, e introduce el tema objeto de reflexión de la presente Asamblea Plenaria: la Iniciación cristiana, en el deseo de ir configurando una propuesta que clarifique e ilusione a todos los agentes de pastoral que han de impulsarla.

Finalizada su intervención, es propuesto y elegido como **moderador** D. José María Gil García, que da paso a la lectura y breve diálogo en torno a las **conclusiones de la anterior Asamblea Plenaria** del Consejo Presbiteral, celebrada el día 11-12-2006: "Redimensionar nuestro ministerio pastoral". El diálogo que sigue a la lectura se centra en el diaconado permanente, aludiéndose a algunos de los aspectos que definen su configuración actual en la vida pastoral de nuestra Diócesis: vocación, formación,

Confeccionar un calendario diocesano de Confirmación de adultos, que se difunda en las parroquias y pueda ofrecerse a los candidatos al comienzo de curso.

Cuidar la convocatoria al inicio de curso y tenerla presente en el momento en el que los novios acuden a reservar fecha para la boda.

Diferenciar en la convocatoria entre jóvenes mayores de veinte años y novios que van a contraer matrimonio ese año, explorando sus motivaciones.

Crear grupos a nivel arciprestal o zonal, animados por equipos misioneros, compuestos al menos por dos catequistas laicos, un sacerdote y algún consagrado.

Normalizar la actual situación de desbordamiento de la Catedral, que ha de constituir un ámbito más de preparación, aunque pueda acoger la celebración de la Confirmación de algunos grupos.

Llevar a cabo un itinerario con catequesis acogedoras y vivenciales que constituyan un verdadero anuncio, en las que se favorezca la experiencia más que la instrucción teórica, de forma que toquen el corazón y lleguen a las manos.

Revisar exhaustivamente los materiales de la Delegación Diocesana de Catequesis.

Iniciar en la oración, y vivir celebraciones de la Palabra y de la penitencia, y ritos de tránsito que ayuden a madurar en el camino de la fe.

Celebrar la Confirmación en el tiempo pascual.

Formar a catequistas para realizar la misión de acompañar a los grupos de confirmandos.

Cuidar la relación con la comunidad parroquial, que ha de acoger y acompañar a cada confirmando y grupo.

Implicar a movimientos y comunidades cristianas en el proceso, facilitando la integración de los confirmados en los mismos.

Valorar la posibilidad de unir la preparación a los sacramentos de la Confirmación y del Matrimonio

Adaptar los tiempos a las situaciones concretas de los candidatos.

Elaborar un temario, asegurando la presencia de los temas básicos de la fe y procurando combinar teoría y praxis, conocimiento y experiencia.

Integrar la oración, la celebración y el compromiso en el itinerario.

Finalizar el proceso el día de Pentecostés.

2. Catecumenado bautismal de niños no bautizados

Elaborar un documento en el que se presenten sintéticamente las Orientaciones de la Conferencia Episcopal, que deberá ser dado a conocer a las comunidades parroquiales.

Integrar a los candidatos en el proceso catequético de los demás niños de la parroquia, cuidando su preparación específica al bautismo.

Recibir la Eucaristía en la celebración del Bautismo, aunque los niños participen en la celebración de la Primera Comunión con el resto de niños.

Cuidar el ámbito de la familia.

Dichas aportaciones son objeto de debate y contraste en la Asamblea, destacándose las siguientes: necesidad del catecumenado en la situación actual, dimensión catequética-litúrgica del mismo, etc.

Antes de finalizar el trabajo de la mañana, D. José María Conde Pobes, Ecónomo diocesano, con motivo del reciente envío a todos los sacerdotes del folleto "La financiación de la Iglesia católica en España" de Fernando Jiménez Barriocanal, publicado por la Conferencia Episcopal Española, y de la próxima Campaña sobre la financiación de la Iglesia, aborda algunos aspectos a tener presentes para seguir progresando en el **sostenimiento de nuestra Iglesia diocesana**: aportación de la Iglesia a la sociedad, charlas y catequesis sobre la financiación de la Iglesia, declaración de la renta, suscripciones y donativos..., que han de contribuir a avanzar en la concienciación de todos los católicos, entablándose un breve diálogo al respecto.

Cansancio ante la tarea ingente de una evangelización que encuentra obstáculos y una acción pastoral en una sociedad bautizada, pero no tan cristiana; que ha perdido el sentido de la iniciación cristiana; que desconoce, en parte, el sentido profundo de la Escritura y del misterio que es la Iglesia; que mezcla Tradición con tradiciones; que no distingue entre conductas "democráticas" y conductas de vida que surgen del Evangelio; que está enganchada al consumismo, también religioso; y que gusta de momentos coyunturales de vivencia religiosa sin continuidad.

Necesariamente influye en el ánimo del sacerdote un modelo de sociedad que se caracteriza por la referencia a la ciencia como único saber que ofrece la verdad; por la democracia como única forma de gobierno; por el desarrollo del mercado como único modelo posible; por el paso del saber transmitido por los libros, y la autoridad moral de padres y maestros, a la irrupción masiva de la cultura de la imagen de los MCS. El imaginario científico se impone al religioso y los proyectos históricos inmanentes desplazan la concepción cristiana de la providencia divina. Está consolidado un mundo secular y profano, con tareas y funciones con identidad propia, al margen de la referencia religiosa, y un estilo secular de abordar la política, la economía, la educación, la sexualidad.

En este universo, lo que aparece no es tanto un ateísmo, vivir sin Dios, cuanto la idolatría de absolutizar lo relativo, la muerte sociocultural de Dios, que afecta sobre todo a los jóvenes, pero que llega a todos, pues la vida religiosa o de fe es considerada como algo precientífico y prerracional, impropio de una sociedad democrática, y favorecedora de fanatismos y autoritarismos. En este ambiente, la Iglesia y los curas son vistos como algo "residual" que estorba para la rápida modernización de la sociedad.

Todos estos rasgos, y otros muchos que podrían añadirse, parece que han llegado a la vez y con mucha rapidez, y nos golpean como responsables de las comunidades cristianas, creando en nosotros una sensación de desbordamiento, de querer hacer muchas cosas para encauzar el agua, pero sin tiempo para ver cuáles han de ser los procesos adecuados para que la comunidad cristiana despliegue su vida y ofrezca la salvación de Cristo a hombres y mujeres. En este horizonte, hay un número de sacerdotes con tendencia a retirarse, a jubilarse antes de la edad canónica y a no asumir la tarea ministerial o llevarla a cabo "a su aire", apañándose, "por libre".

cuesta mucho el seguimiento personal y la dirección espiritual que pudiera encauzar posibles vocaciones a discernimientos cercanos.

*Influye también en nuestro ánimo la **perplejidad que supone acertar con el camino adecuado para toda la acción pastoral**: cómo atender a las comunidades rurales y a las nuevas poblaciones; cuál ha de ser el proceso mejor para la edificación de la Iglesia, que en algunos casos ha de ser una "plantación"; cómo llegar a los jóvenes; cómo conseguir un laicado adulto y corresponsable; qué iniciativas son mejores en las actuales circunstancias.*

*Quiero, por último, referirme a otro síntoma que encuentro en nuestro Presbiterio: el **déficit de espiritualidad** y una cierta anemia espiritual. Y pueden adueñarse de nuestra alma como compañeras molestas y perniciosas: la ansiedad y la fatiga. Corren tiempos de irrelevancia humana, de sabiduría, de desierto espiritual y de escasa fecundidad pastoral en una sociedad y en una Iglesia donde existe el desajuste entre la oferta y demanda pastorales.*

Hemos tratado estos temas en varias ocasiones, tanto en el Consejo Presbiterial como en múltiples reuniones, pero ¿nos sentimos concernidos los que hoy formamos el Presbiterio diocesano, los sacerdotes seculares y los religiosos? ¿Basta con volver a tratar estos temas en las plenarios del Consejo Presbiterial? ¿Cómo lograr que todos los sacerdotes se sientan implicados? ¿Sería aconsejable una Asamblea diocesana de sacerdotes que, preparada con cierto tiempo, pudiera ser lugar de encuentro, de debate, de apertura al Espíritu, de planteamiento de temas y vías de solución en un trabajo conjunto? Es una pregunta abierta que os dejo, pero que sería bueno pensáramos y pudiéramos debatir con calma y con paz, buscando el bien de la Iglesia, es decir, de los que formamos esta Iglesia, laicos, consagrados, presbíteros, diáconos y obispo».

Finalizada la precedente reflexión se entabla un diálogo el torno a la conveniencia de la citada Asamblea, destacándose diversos aspectos: conveniencia de una pregunta previa, necesidad de un proceso anterior, dificultad para implicar a todos, preparación personal y arciprestal, presencia de algún laico, ayuda para afrontar el momento presente, refuerzo a la comunión para la misión, ineficacia para responder a situaciones patológicas y al déficit espiritual, riesgo de distanciar y crear heridas... En cualquier caso, se manifestó la necesidad de iniciar un proceso compartido, en el que se profundicen